

continuara invocando su cualidad de funcionario, el propietario de la Palud, que había permanecido bajo el balcón, le interrumpió con gran energía.

—Usted—le dijo—no es más que el funcionario de un gobierno caído. Venimos á separarle á usted de sus funciones.

Hasta aquí el comandante Sicardot, mascullando sordas injurias, se había mordido los bigotes; la vista de los palos y de las guadañas le exasperaba, y hacía esfuerzos inauditos para no tratar como se merecían á aquellos soldados de tres al cuarto, que ni aun siquiera tenían todos fusil, pero cuando oyó á un señor con un simple gabán hablar de destituir á un alcalde con su banda en la cintura, no pudo ya callar, y gritó:—¡Montón de pillos; si tuviera yo siquiera cuatro soldados y un cabo, bajaría á tiraros de las orejas para volveros al respeto!

No se necesitaba tanto para ocasionar los más graves accidentes. Un prolongado grito salió de la multitud, que se arremolinó contra las puertas de la alcaldía. Consternado, M. Garçonnet se apresuró á dejar el balcón, rogando á Sicardot que fueser azonable si no quería ser causa de la muerte de todos.

En dos minutos cedieron las puertas, y los insurgentes penetraron en la casa, desarmando á los nacionales; el alcalde y los demás funcionarios fueron presos; Sicardot, que se negaba á entregar la espada, debió la vida á la sangre fría del jefe del grupo procedente de Tulettes. Cuando el ayuntamiento quedó en poder de los insurrectos, condujeron los prisioneros á un pequeño café de la plaza del Mercado, donde quedaron con centinelas de vista.

A no ser porque los jefes reconocieron la necesidad de dar á su tropa un descanso y algo de comer, la columna no hubiera hecho alto en Plas-

sans. Por una falta de pericia y de energía en el improvisado general, la columna, en vez de dirigirse directamente á la capital, hacía una conversión á la izquierda, dando un largo rodeo, que debía conducirla á su pérdida. Se dirigía hacia las mesetas de Saint-Roure, distante aún diez leguas, y la perspectiva de aquella marcha tan larga fué la que lo decidió á penetrar en la ciudad, á pesar de lo avanzado de la hora. Serían entonces las once y media.

Quando supo el alcalde que la partida pedía raciones, prestóse á proporcionárselas. En tan difíciles circunstancias, M. Garçonnet dió pruebas de una inteligencia muy clara y perfecto conocimiento de la situación. Aquellos tres mil hambrientos debían quedar satisfechos; era preciso que al despertarse Plassans no los encontrara todavía sentados en las aceras de sus calles; si partían antes del día, habrían sencillamente pasado por la ciudad dormida como una de esas pesadillas que se disipan con el alba. Aunque permanecía prisionero, M. Garçonnet, acompañado por dos insurrectos, recorrió las calles llamando á las puertas y recogiendo cuantas raciones de pan pudo encontrar. Hacia la una los tres mil hombres, sentados en el suelo y teniendo su arma entre las piernas, comían. La plaza del Mercado y la del Ayuntamiento semejaban enormes refectorios. No obstante, el frío intenso, había ráfagas de alegría en aquella multitud cuyos menores grupos dibujaban las vivas claridades de la luna. Los pobres hambrientos devoraban su parte soplando-se los dedos, y desde el fondo de las calles vecinas, donde se distinguían vagas formas negras sentadas en los blancos dinteles de las casas, llegaban también agudas risas que corrían en la sombra y se perdían en el barullo. En las ventanas las curiosas envalentonadas, las buenas mujeres con sus

pañuelos á la cabeza, miraban cómo comían aquellos terribles insurrectos, aquellos bebedores de sangre, yendo por turno á saciar su sed á la fuente del Mercado en el hueco de sus manos.

Mientras que el ayuntamiento era invadido, la gendarmería, situada á dos pasos en la calle Carquin, que da sobre el Mercado, caía igualmente en poder del pueblo; los gendarmes fueron sorprendidos en sus camas y desarmados en algunos minutos. Una oleada de la multitud había llevado á aquel lado á Miette y Silverio. Ella estaba apoyada contra el muro del cuartel, siempre con el asta de la bandera apretada contra el pecho, en tanto que el joven, empujado por la multitud, penetraba en el interior y ayudaba á sus compañeros á desarmar á la gendarmería. Embriagado por aquel ambiente de combate, habíase tornado feroz, y luchaba cuerpo á cuerpo con un gendarme, un hombrón llamado Rengade. Consiguió con un movimiento brusco arrebatarle la carabina; el cañón hirió violentamente á Rengade en la cara, y le saltó el ojo derecho; corrió la sangre, y saltó las manos de Silverio, que se serenó súbitamente. Se miró las manos, dejó la carabina, perdió la cabeza y salió corriendo, sacudiéndose los dedos.

—¿Estás herido?—gritó Miette.

—¡No, no!—repuso con voz ahogada.—¡Es que he matado á un gendarme!

—¿Pero está muerto?

—¡No lo sé!... ¡Tenía la cara llena de sangre!... ¡Ven, ven corriendo!...

Y la arrastró hasta la plaza del Mercado, donde la hizo sentar sobre un banco de piedra; díjole que le esperase allí; no dejaba de sacudirse las manos y balbuceaba. Miette comprendió por sus palabras entrecortadas que deseaba dar un beso

á su abuela antes de partir.—¡Bueno! ¡Ve!—le dijo.—Por mí no te apures. Lávate las manos.

Se alejó el joven rápidamente, con los dedos separados, sin ocurrírsele siquiera lavarse en cualquiera de las fuentes que al paso halló. Desde que había sentido sobre su piel el calor tibio de la sangre de Rengade, sólo una idea le ocupaba; correr á casa de tía Dida y lavarse las manos en la pila del pozo que estaba en el fondo del patio: sólo en aquel sitio creía posible borrar la mancha de la sangre. Toda su infancia tranquila, saturada de ternura, llenaba su alma: sentía la necesidad de refugiarse, aunque sólo fuera por un momento, junto á su abuela. Llegó anheloso; halló á tía Dida levantada, cosa que en otras circunstancias le hubiera causado gran extrañeza; pero no vió á su tío Pedro, sentado en un rincón sobre el antiguo cofre; ni siquiera oyó las preguntas de la pobre vieja.

—¡Abuela!—dijo rápidamente;—hay que perdonarme... Voy á marchar con los otros... ¿Ve usted? ¡Tengo sangre!... Creo que he matado á un gendarme...

—¿Que has matado á un gendarme?...—repitió tía Dida con voz extraña. Agudas claridades alumbraron sus ojos fijos en las manchas rojas; bruscamente volviósese hacia la campana de la chimenea, y dijo:—¡Tú has cogido la carabina! ¿Dónde está la carabina?

Silverio, que había dejado el arma al lado de Miette, le juró que estaba en lugar seguro. Por primera vez hizo la anciana alusión al contrabandista Macquart delante de su nieto.

—¿La volverás á traer? ¿Me lo prometes?—preguntó con extraordinaria energía.—¡Es lo único que me queda de él!... ¿Has matado á un gendarme?... A él lo mataron también ellos...

Y así diciendo, miraba á Silverio fijamente con

una satisfacción cruel, sin manifestar deseo de que se quedara. Ni le pedía explicaciones, ni lloraba como suelen hacerlo las abuelas que creen ver agonizar á sus nietos si se hacen una roza dura. Todo su sér se dirigía á una sola idea, la cual formuló con ardiente curiosidad:—¿Has matado al gendarme con la carabina?—le preguntó.

Silverio oyó mal ó no comprendió, porque repuso:

—Sí... Voy á lavarme las manos.

Hasta que volvió del patio no advirtió la presencia de su tío. Pedro había oído las palabras del joven, y estaba pálido como la cera. Era verdad lo que Felicidad decía; su familia tenía gusto en comprometerle. Ahora uno de sus sobrinos mataba gendarmes... Jamás lograría su plaza de jefe económico si no impedía que aquel loco furioso volviera á reunirse con los insurrectos. Resuelto á no dejarle salir, se colocó delante de la puerta.

—Oye—dijo á Silverio, que le contemplaba asombrado de verle allí.—Soy el jefe de la familia, y te prohibo salir. Va en ello tu honor y el nuestro. Mañana procuraré ponerte en la frontera.—Silverio se encogió de hombros.

—¡Bah! Déjeme usted pasar—repuso tranquilamente.—No soy un niño. No revelaré su escondite; esté usted tranquilo.—Y viendo que Rougon seguía hablando de la dignidad de la familia, y de la autoridad que le daba el ser el mayor, prosiguió:—Pero... ¿acaso somos de la misma familia? Siempre ha renegado usted de mí; hoy el miedo lo ha empujado hasta aquí porque conoce que ha llegado el día de la justicia. ¡Vamos, fuera!... Yo no me oculto; tengo un deber que cumplir.

Rougon no se movió; pero tía Dida, que oía extasiada las vehementes palabras de Silverio, puso su descarnada mano sobre el brazo de su hijo, diciéndole:

—¡Quita, Pedro! Es preciso que el niño salga. El joven empujó ligeramente á su tío, y se lanzó fuera. Rougon cerró la puerta cuidadosamente, y con voz llena de cólera y amenaza, exclamó:

—Si le sucede alguna desgracia, usted tendrá la culpa. Es usted una vieja loca, que no sabe lo que acaba de hacer.

Pero Adelaida no daba señales de oírle. Con una vaga sonrisa en los pálidos labios, echó un sarmiento en el fuego, que se extinguía, murmurando:

—¡No es esto nuevo para mí! También él pasaba fuera meses enteros, y volvía luego más sano y mejor.—Hablaba sin duda de Macquart.

Entretanto Silverio llegaba corriendo al Mercado. Al acercarse al sitio donde había dejado á Miette, oyó un violento ruido de voces; vió que la gente se arremolinaba, y apretó el paso.

Muchos curiosos rodeaban á los insurrectos desde que éstos se habían puesto tranquilamente á comer; entre ellos estaba Justino, el hijo de Rebufat, mozo de unos veinte años, criatura raquítica y falsa que alimentaba contra su prima un odio implacable; en su casa le echaba en cara el pan que comía, y la trataba como á una miserable recogida por caridad al borde de un camino; es de creer que la niña había rehusado ser su querida. Aquel sér débil, flaco, con las extremidades muy largas y la cara torcida, se vengaba en ella de su propia fealdad y del desprecio que la bella y potente joven le manifestaba; su sueño dorado era ver cómo su padre la echaba á la calle por cualquier causa, y para lograrlo espiábala incessantemente. Desde hacía algún tiempo, que sorprendió sus citas con Silverio, sólo esperaba ocasión propicia para delatarla á Rebufat. Aquella noche, cuando la vió salir de su casa hacia las

ocho, cególe el odio, y no pudo callar más. Rebufat, al oír el relato que le hizo, montó en cólera y juró que despediría á puntapiés á la perdida de so sobrina, si tenía la audacia de volver. Justino se acostó saboreando el placer que de antemano le produciría la escena del día siguiente; después sintió la necesidad de saborear su anticipo de venganza, y volvió á vestirse y salió; acaso encontraría á Miette, y se prometía estar muy insolente con ella; así fué como pudo asistir á la entrada de los insurgentes y los siguió hasta el ayuntamiento, presintiendo que en aquella dirección encontraría á los enamorados; y, en efecto, halló á su prima sentada en el banco donde esperaba á Silverio. Al verla vestida con su ancho manto, con la bandera roja al lado apoyada contra un pilar, comenzó á burlarse de ella groseramente. La joven, sobrecogida, no sabía qué decir para defenderse, y sollozaba bajo el peso de sus injurias. Mientras ella gemía con la cabeza baja y el rostro oculto entre las manos, Justino la llamaba hija del presidiario, y le decía que el tío Rebufat la iba á hacer bailar una famosa danza si se atrevía á volver á Jas-Meiffren. Durante un cuarto de hora la tuvo así, temblando, acongojada... Las gentes habían formado corro, riéndose bestialmente de aquella escena dolorosa; algunos insurrectos intervinieron al fin, y amenazaron al joven con administrarle una paliza si no dejaba tranquila á Miette; pero Justino, retrocediendo, declaró que no les tenía miedo. En aquel momento apareció Silverio. El joven Rebufat, al verle, dió un salto brusco como para escapar; le temía, porque no ignoraba que era más vigoroso que él. No pudo, sin embargo, resistir al vivo placer de insultar una vez más á la joven en presencia de su amante, y exclamó:

—¡Ah! ¡ya sabía yo que el carretero no andaría

muy lejos! ¿Por seguir á semejante loco nos has abandonado? ¡Desdichada! ¡Y eso que aún no tiene dieciséis años! ¿Cuándo es el bautizo?—Retrocedió todavía algunos pasos, al ver que Silverio apretaba los puños.—Y, sobre todo—continuó con una mueca innoble,—no vengas á parir á casa, porque no necesitarías de comadrona: mi padre te haría parir á patadas; ¿lo oyes?

Y escapó dando aullidos, con el rostro bañado en sangre. Silverio, de un salto, se había lanzado sobre él, sacudiéndole en medio de la cara un terrible puñetazo; pero no lo persiguió. Cuando volvió al lado de Miette, la encontró erguida, secando febrilmente sus lágrimas con la palma de la mano. Al notar que la miraba dulcemente para consolarla, hizo un gesto brusco, y dijo con energía:

—¡No, no lloro; ya lo ves!... Prefiero esto. Ahora ya no tengo remordimientos de haberme escapado. ¡Soy libre!

Volvió á coger la bandera, y atrajo á Silverio en medio de los insurrectos. Eran próximamente las dos de la madrugada. El frío se iba haciendo tan vivo, que los republicanos se habían levantado, acabando de comer en pje, y se calentaban marcando el paso gimnástico á lo largo de la plaza. Los jefes dieron al fin la orden de partir, y la columna volvió á formar. Los prisioneros fueron colocados en medio; además de M. Garçonnet y del comandante Sicardot, los insurrectos habían detenido y llevaban con ellos á Peirotte, al jefe económico y á otros funcionarios.

En este momento apareció Aristides por entre los grupos. Astuto y perspicaz, ante aquel formidable levantamiento había pensado que era una imprudencia no seguir siendo amigo de los republicanos; pero como, por otra parte, no quería comprometerse mucho, había venido á despedir-

los con el brazo en cabestrillo, quejándose amargamente de la maldita herida que le impedía empuñar un arma. Entre la muchedumbre halló á su hermano Pascual, provisto de una cartera de cirujía y de un pequeño botiquín; el médico le anunció con voz tranquila que iba á seguir á los insurrectos. Arístides lo llamó inocente en voz baja, y acabó por desaparecer sin ser notado, temiendo que se le confiase la custodia de la población, cuidado que consideraba harto peligroso.

Los insurrectos no podían pensar en tener á Plassans en su poder; la ciudad estaba animada de un espíritu muy reaccionario para que intentasen siquiera establecer allí un comité democrático, como habían hecho en otras partes, y se hubieran retirado desde luego, si Macquart, impulsado y enardecido por sus odios, no hubiese ofrecido que conservaría en Plassans el respeto á la República si dejaban á sus órdenes veinte hombres resueltos. Diéronle los veinte hombres, á cuya cabeza fué triunfalmente á ocupar la alcaldía.

Entretanto la columna bajaba por el paseo de Sauvaire y salía por la Gran Puerta, dejando tras sí, silenciosas y desiertas, las calles que poco antes había atravesado como una tempestad. A lo lejos se extendían los caminos blanqueados por la luna.

Miette había rehusado el brazo de Silverio, y marchaba gallarda, firme y erguida, sosteniendo con las dos manos la bandera roja, sin quejarse del frío que le helaba los dedos.

V

A lo lejos se extendían los caminos blanqueados por la luna.

La banda insurrecta reanudó su marcha heroica por la campiña clara y fría. Era aquello algo como una ancha corriente de entusiasmo. El hábito de epopeya que inflamaba á Miette y á Silverio, niños grandes y ávidos de amor y libertad, oreaba con santa generosidad las vergonzosas comedias de los Macquart y de los Rougon. La alta voz del pueblo surgía por intervalos entre las habladurías del salón amarillo y las diatribas del tío Antonio; y la farsa vulgar, la farsa innoble, transformábase en el gran drama de la historia.

Al salir de Plassans, los insurrectos habían tomado el camino de Orcheres, y debían llegar allí hacia las diez de la mañana. El camino remonta el curso del Viorne, siguiendo la vertiente de las colinas, á cuyo pie el torrente se precipita. A la izquierda ensanchábase la llanura, inmenso tapiz verde esmaltado de trecho en trecho por las manchas grises de las aldeas; á la derecha eleva sus picos desolados la cadena de los Garrigues, sus campos de piedra, sus rocas de color de herrumbre como chamuscadas por el sol. El gran camino, formando calzada junto á la ribera, pasa á través de enormes rocas, entre las cuales á cada paso se muestran trozos de valle. Nada más salvaje, más extrañamente grandioso que aquel camino tallado en el borde mismo de la colina; sobre todo de noche, aquellos lugares inspiran un horror sagrado. Los insurrectos avanzaban á la parda luz como por una calle de ciudad destruída, teniendo á los dos lados restos de templos; la luna hacía de cada roca un basamento de columna truncada, un capitel derrumbado, un muro agujereado por mis-

teriosos pórticos. Dormía arriba la masa de los Garrigues, blanqueada apenas de un tinte lechoso, parecida á una inmensa ciudad ciclópea cuyas torres, obeliscos y casas de altos terrados hubieran cubierto la mitad del cielo; y en el fondo, del lado de la llanura, se cruzaba, se ensanchaba un océano de difusas claridades, una extensión vaga sin límites, donde flotaban sábanas de niebla luminosa. Hubiera podido creer la banda insurrecta que seguía una calzada gigantesca, un camino de ronda construído al borde de un mar fosforescente y rodeando una Babel desconocida.

El Viorne rugía aquella noche con voz ronca bajo las rocas del camino; entre aquel mugido continuo del torrente, los insurrectos distinguían las ásperas lamentaciones del toque de rebato; las aldeas esparcidas en la llanura al otro lado del río se alzaban, tocaban á alarma y encendían hogueras. Hasta la mañana, la columna en marcha, á la que un doblar fúnebre parecía seguir durante la noche con obstinado tintineo, vió así á la insurrección extenderse á lo largo del valle como un reguero de pólvora. Las hogueras salpicaban las sombras de puntos sangrientos; cantos lejanos venían en débiles soplos; toda la extensión vaga, anegada en los blanquecinos efluvios de la luna, se agitaba confusamente con bruscos estremecimientos de cólera. Durante algunas leguas, el espectáculo siguió siendo el mismo.

Aquellos hombres, que marchaban con la ceguera que la fiebre de los acontecimientos de París había llevado á los corazones republicanos, exaltábanse ante el espectáculo de tan larga extensión de territorio sacudido por la revolución. Embriagados por el entusiasmo del alzamiento general que soñaban, creían que la Francia entera les seguía, é imaginaban ver, por encima del Viorne, en el vasto mar de claridades difusas, filas

interminables de hombres que corrían, como ellos, á la defensa de la República; y su espíritu rudo, con la candidez y la ilusión de las muchedumbres, creía en una victoria fácil y segura. Habrían cogido y fusilado como traidor al que hubiera dicho en tales momentos que ellos eran los únicos que tenían el valor del deber, mientras que el resto del país, aplastado de terror, se dejaba cobardemente agarrotar. Prestaba además continuo impulso á su valor, la acogida que les hacían las aldeas asentadas en la pendiente de los Garrigues, á orillas del camino. A la aproximación del pequeño ejército, los habitantes se levantaban en masa; acudían las mujeres deseándoles una pronta victoria; los hombres, á medio vestir, uníanse á ellos, después de haber cogido la primer arma al alcance de su mano; en cada pueblo, nueva ovación, gritos de bienvenida, adioses largamente repetidos.

Hacia el amanecer desapareció la luna detrás de los Garrigues; los insurgentes continuaron su rápida marcha envueltos en las negras sombras de una noche de invierno; ya no distinguían ni el valle, ni la ribera; solamente escuchaban los secos lamentos de las campanas, sonando en el fondo de las tinieblas como tambores invisibles, ocultos no sabían dónde, y cuyo llamamiento desesperado los fustigaba sin descanso.

Entretanto, Miette y Silverio marchaban arrastrados por la banda. Al amanecer, la joven estaba quebrantada por la fatiga; andaba precipitada y trabajosamente, no pudiendo seguir los largos pasos de los mocetones que la rodeaban; pero ponía todo su valor en no quejarse: le hubiera costado gran trabajo confesar que no tenía la resistencia de un hombre. Desde el principio, Silverio le había dado el brazo; después, viendo que la bandera se escapaba poco á poco de sus heladas manos,

había pretendido cogerla, para aliviarla; pero se había enfadado, y sólo le había permitido sostener la roja enseña con una mano, continuando ella llevándola sobre el hombro. La niña conservaba su heroica actitud con una terquedad infantil, sonriendo al joven cada vez que él la miraba con inquieta ternura. Pero cuando la luna se ocultó, cedió en la obscuridad; Silverio la sentía pesar más en su brazo. Tuvo que coger la bandera, y sostener á Miette por la cintura para impedir que tropezase. Ella no se quejaba, sin embargo.

—¿Vas muy cansada, mi pobre Miette?—le preguntó su compañero.

—Sí, un poco—contestó con voz jadeante.

—¿Quieres que descansemos?

Ella no contestó, pero él comprendió que vacilaba. Entonces confió la bandera á uno de los insurrectos, y se salió de las filas, llevando casi en brazos á la niña, que se resistió un poco, avergonzada de verse tan débil; pero él la calmó, diciéndole que conocía un atajo que ahorraba la mitad del camino; podían descansar una hora, y llegar á Orcheres al mismo tiempo que la banda.

Eran próximamente las seis. Una ligera niebla subía del Viorne; las sombras parecían condensarse más. Los jóvenes subieron á tientas á lo largo de la pendiente de los Garrigues, hasta una roca, sobre la cual se sentaron. Alrededor de ellos se abría un abismo de tinieblas; encontrábanse como perdidos en la punta de un arrecife, encima del vacío. Y en aquel vacío, cuando el sordo rumor del pequeño ejército se hubo apagado, sólo oían el toque de dos campanas; la una vibrante, sonando, sin duda, á sus pies, en alguna aldea situada al borde del camino; la otra, distante, ahogada, respondiendo á las febriles quejas de la primera con lejanos sollozos. Hubiérase dicho que

aquellas dos campanas se contaban en el vacío el fin siniestro de un mundo.

Miette y Silverio, sofocados por lo rápido de su carrera, al pronto no sintieron el frío, y guardaron silencio, escuchando con indecible tristeza aquellos toques de rebato con que se estremecía la noche. Ni siquiera se veían. Miette tuvo miedo; buscó la mano de Silverio, y la retuvo en las suyas. Después del febril impulso que durante dos horas los había puesto fuera de sí, perdido el pensamiento, a quella parada brusca, aquella soledad en que se encontraban reunidos, los había dejado rendidos, asombrados, como si despertaran de un sueño tumultuoso. Parecíales que una ola los había lanzado á la orilla del camino, y que el mar se había retirado en seguida. Una reacción invencible los sumergía en inconsciente estupor; olvidaban su entusiasmo; ya no se acordaban de la banda á que debían reunirse; estaban, por completo, bajo el triste encanto de hallarse solos en medio de la densa sombra, cogidos de las manos.

—¿No me odias?—preguntó por fin la joven.—Hubiera deseado andar á grandes pasos como tú; marchar siempre sin pararme. Vas á creer que soy una niña.—Silverio sonrió en la sombra. Miette lo adivinó y continuó con voz decidida:—Es preciso que no me trates como á una hermana: quiero ser tu mujer.—Y ella misma atrajo á Silverio contra su pecho, y le estrechó en sus brazos, murmurando:—Vamos á tener frío; calentémonos así.

Hubo un momento de silencio. Hasta aquella hora de turbación, los jóvenes se habían amado con ternura fraternal. En su ignorancia, continuaban tomando por tierna amistad la atracción que los impulsaba á estrecharse sin cesar entre sus brazos y á permanecer así con más fuego y por

más tiempo que los hermanos se abrazan; pero en el fondo de estos cándidos amores rugían con más fuerza cada día las tempestades de la sangre ardiente de Miette y de Silverio. Con la edad, con la experiencia, una cálida pasión de fuego meridional debía nacer de aquel idilio. Toda joven que se cuelga del cuello de un mozo es ya mujer, mujer inconsciente, que una caricia puede despertar. Cuando los enamorados se besan en las mejillas, es que tantean y buscan los labios. Un beso hace amantes. En aquella obscura y fría noche de Diciembre fué cuando, al compás de los agudos toques de rebato, Miette y Silverio cambiaron uno de esos besos que llaman á la boca toda la sangre del corazón.

Permanecían mudos, estrechamente apretados el uno contra el otro. Miette había dicho: «calentémonos así», y esperaban inocentemente encontrar calor. Bien pronto fué penetrando á través de sus vestidos; sintieron poco á poco que su abrazo los abrasaba, y que sus pechos se levantaban con un mismo respiro. Invadióles una languidez que los sumergió en febril somnolencia. Ya tenían calor; por delante de sus párpados cerrados pasaban fulgores extraños, y subían á sus cerebros ruidos confusos. Aquel estado de doloroso bienestar, que duró algunos minutos, parecióles sin fin; y entonces, en una especie de sueño, sus labios se encontraron. El beso fué largo, ávido, ansioso... Les pareció que jamás se habían besado. Sufrían, y se separaron. Después, cuando el frío de la noche heló su fiebre, permanecieron á alguna distancia el uno del otro, en profunda confusión.

Las dos campanas seguían hablándose siniestramente en el negro abismo que se abría alrededor de los jóvenes. Miette, temblorosa, asustada, no osó acercarse á Silverio; ni aun siquiera sabía

que estuviese allí, pues no le oía hacer ningún movimiento. Los dos estaban saturados de la punzante sensación de su beso; subíanles efluvios á los labios; hubieran querido darse las gracias, besarse más, pero estaban tan avergonzados de su felicidad, que hubiesen preferido no gustarla por segunda vez á hablar de ella en alta voz. Por mucho tiempo aún, si la rápida caminata no hubiera estimulado su sangre y si la obscura noche no hubiera sido su cómplice, habrían seguido besándose en las mejillas como buenos amigos. Surgía el pudor en Miette. Después del ardiente beso de Silverio en aquellas dichosas tinieblas en que se abría su corazón, acordóse de las groserías de Justino. Algunas horas antes había escuchado sin ruborizarse á su primo, aquel mozo que la llamaba mujer perdida; le preguntaba que cuándo sería el bautizo; le decía que su padre la echaría á puntapiés como se atreviera á volver al aprisco Meiffren, y ella había llorado sin comprenderlo, había llorado porque adivinaba que todo aquello debía ser innoble. Ahora, convertida en mujer, decíase, en las postrimerías de su inocencia, que el beso cuya quemadura sentía aún, acaso bastaba para sumirla en aquella vergüenza de que la acusaba su primo. El dolor se apoderó entonces de ella, y gimió.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?—preguntó Silverio con voz inquieta.

—Nada, déjame—balbuceó;—no lo sé.—Después, como á pesar suyo, en medio de sus lágrimas, añadió:—¡Ah, soy una desgraciada! Tenía diez años y me tiraban piedras; hoy se me trata como á la última de las criaturas. Justino ha tenido razón al despreciarme delante de todo el mundo. Acabamos de obrar mal, Silverio.

El joven, consternado, volvió á cogerla entre sus brazos, intentando consolarla.



—¡Yo te amo!—murmuraba.—Soy tu hermano. ¿Por qué dices que hemos obrado mal? Nos hemos abrazado porque teníamos frío. Además, sabes bien que nos hemos besado todas las noches al separarnos.

—¡Oh, pero no como ahora!—dijo ella en voz muy baja.—¿Sabes? Esto debe estar prohibido, porque he sentido algo extraño. Ahora se van a reír los hombres cuando pase, y no me atreveré a defenderme, porque estarán en su derecho.

El joven callaba, no encontrando una sola palabra para tranquilizar el turbado espíritu de aquella niña grande de trece años, temblorosa y asustada por el primer beso de amor: estrechábala dulcemente, adivinando que la calmaría si pudiera comunicarle el tibio calor de su abrazo; pero ella, resistiéndose, continuó:

—Si tú quisieras, nos iríamos; abandonaríamos el país. Yo no puedo volver a Plassans; mi tío me pegaría, y toda la gente me señalaría con el dedo. —Después, como acometida de brusca irritación: —¡No, yo estoy maldita! Te prohibo dejar a tía Dida para seguirme. Debes dejarme abandonada en un camino.

—¡Miette, Miette—imploró Silverio,—no digas eso!

—Sí; yo te desembarazaré de mí; soy razonable. Se me ha echado como a una vagabunda; si viviera contigo, tendrías que andar riñendo todos los días. No quiero.

El joven le dió un nuevo beso en la boca, murmurando:

—Tú serás mi mujer, y nadie se atreverá a ofenderte.

—¡Oh, yo te lo suplico!—dijo ella lanzando un débil grito.—No me beses así; me haces daño.—Y añadió, después de una pausa:—Bien sabes que no puedo ser tu mujer. Somos muy jóvenes; ten-

dría que esperar, y me moriría de vergüenza. Haces mal en resistir: te verás forzado a abandonarme en algún rincón.

Entonces Silverio, agotadas las fuerzas, rompió a llorar. Los sollozos de un hombre tienen una sequedad que hace daño. Miette, conmovida al sentir al pobre muchacho estremecerse en sus brazos, le besó en la cara, olvidando que sus labios abrasaban. Esta fué su falta; era una simpleza no haber podido soportar la dulzura de una caricia. No sabía por qué había pensado en cosas tristes en el momento mismo que su amante la besaba como no lo había hecho nunca. Lo apretaba contra su pecho para pedirle perdón por haberle entristecido. Los dos, llorando, oprimiéndose con sus brazos inquietos, añadían una desesperación más a aquella oscura noche de Diciembre. A lo lejos, las campanas continuaban lamentándose sin descanso, con voz anhelosa.

—¡Vale más morir!—repetía Silverio en medio de sus sollozos;—¡vale más morir!...

—No llores más; perdóname—baluceaba Miette;—seré fuerte, haré lo que tú quieras.

Cuando el joven hubo secado sus lágrimas, dijo:

—Tienes razón; pero no es hora de ser cobardes; no podemos volver a Plassans. Si salimos vencedores en la lucha, iré a buscar a tía Dida, y la llevaremos lejos con nosotros. Si somos vencidos...—Se detuvo.

—Si somos vencidos...—repitió Miette dulcemente.

—Entonces, lo que Dios quiera—concluyó Silverio, en voz baja.—Ya no viviré, sin duda, y tú consolarás a la pobre vieja. Esto será mejor quizás.

—Sí, bien decías hace poco—murmuró la joven, —¡vale más morir!

Ante esta idea de la muerte, se abrazaron más

estrechamente. Miette estaba segura de morir con Silverio; éste sólo había hablado de sí, pero comprendía que la arrastraría con alegría á la tierra; allí se amarían más libremente que á la luz del sol. La tía Dida moriría también é iría á reunirseles. Aquello fué como un rápido presentimiento; el deseo de una extraña voluptuosidad, que el cielo, por medio del toque de rebato, les prometía satisfacer bien pronto. ¡Morir! ¡Morir!... Las campanas repetían esta palabra con sollozo creciente, y los amantes se dejaban arrastrar por aquel llamamiento de las sombras; creían tomar un anticipo del último sueño, con aquella somnolencia en que los hundían el calor de sus miembros y el fuego de sus labios, que volvían á encontrarse fatalmente.

Miette ya no se defendía; ella era quien pegaba su boca á la de Silverio, quien buscaba con mudo ardor aquella dicha, cuyo acre sabor no había podido soportar al principio. La idea de una muerte próxima la había puesto febril; ya no se ruborizaba; se apretaba á su amante, y parecía querer agotar, antes de morir, las nuevas voluptuosidades en las cuales acababa de humedecer apenas los labios, y se irritaba por no poder penetrar de una vez en aquel mundo desconocido. Más allá del beso adivinaba otra cosa que la espantaba y la atraía, era el vértigo de sus sentidos de súbito despertados; se abandonaba; hubiera suplicado á Silverio que desgarrase aquel velo con la impúdica candidez de las vírgenes. El, enloquecido por las caricias que le prodigaba, lleno de una dicha completa, sin fuerzas, sin otros deseos, no parecía ni aun creer en voluptuosidades mayores. Cuando Miette no tuvo más aliento, y sintió debilitarse el placer del primer abrazo, murmuró:

—No quiero morir sin que me ames; quiero que me ames más todavía...

Faltábanle las palabras, no porque tuviera conciencia de la deshonra, sino porque no sabía lo que quería. Sentíase sencillamente sacudida por una sorda rebelión interior y por una necesidad infinita de placer. Hubiera, en su inocencia, pateado como un niño á quien se rehusa un juguete. —¡Te amo, te amo!—repetía Silverio, desfalleciendo.—Miette levantaba la cabeza, parecía decir que aquello no era verdad; que el joven le ocultaba algo. Su naturaleza poderosa y libre tenía el secreto instinto de las fecundidades de la vida; por eso rehusaba la muerte, si había de vida; por eso rehusaba la muerte, si había de de sus nervios se revelaba cándidamente por la crispación de sus manos ardientes, por sus balbuceos y por sus súplicas.

Después, calmándose, reclinó la cabeza en el hombro del joven y guardó silencio. Silverio besábala y abrazábala largamente; ella gustaba aquellos besos con lentitud, buscándoles el sentido, el sabor oculto; interrogábalos, los sentía correr por sus venas, y les preguntaba si eran todo el amor, toda la pasión. Dominóla una gran languidez, y se durmió dulcemente, sin dejar de gustar, en su sueño, las caricias de Silverio. Este la había envuelto en el gran capote rojo, echando al mismo tiempo una punta sobre sí. No sentían el frío ya. Cuando Silverio, por la respiración regular de Miette, comprendió que dormía, se alegró de aquel reposo que le iba á permitir continuar gallardamente su camino, y se decidió á dejarla dormir una hora. El cielo seguía siempre negro; apenas nacía levante una línea blanquecina indicaba la proximidad del día. Detrás de los amantes debía haber un bosque de pinos, del que el joven oía el despertar musical traído por la brisa de la aurora. Y los lamentos de las campanas se hacían cada vez más vibrantes en el aire estremecido, arru-

llando el sueño de Miette, como habían acompañado su fiebre de enamorada.

Hasta la noche aquella habían vivido los jóvenes en uno de esos cándidos idilios que se desarrollan en la clase obrera, entre esos desheredados, pobres de espíritu, que todavía reproducen muchas veces los amores primitivos de los antiguos cuentos griegos. Miette tenía apenas nueve años cuando su padre fué condenado á presidio por haber matado á un gendarme de un tiro; el proceso de Chantegreil era célebre en el país. El cazador furtivo confesó el homicidio, pero juró que el gendarme lo tenía ya encañonado.—«No he hecho más que impedir que me matase—dijo;—me defendí: fué un duelo, no un asesinato.» Y no hubo quien lo sacara de aquí. El presidente del tribunal no le pudo hacer comprender que si un gendarme tiene derecho á disparar contra un cazador furtivo, un cazador furtivo no tiene el de disparar contra un gendarme. Chantegreil escapó de la guillotina gracias á su actitud convencida y á sus buenos antecedentes. Lloró como un niño cuando le llevaron á su hija antes de partir para Tolón. La pequeña, que había perdido á su madre en la cuna, quedó con su abuelo en Chavanoz, aldea situada en las gargantas de la Seille. Cuando perdieron al cazador, vivieron de limosna. Los habitantes de Chavanoz, todos cazadores, ayudaron á los infelices que el presidiario dejaba en la indigencia. El viejo murió de pena. Miette, al quedarse sola, habría mendigado por los caminos, si los vecinos no hubieran recordado que tenía una tía en Plassans. Un alma caritativa la condujo á casa de esta tía, que la acogió bastante mal.

Eulalia Chantegreil, casada con el colono Rebufat, era una mujer voluntariosa, que gobernaba su casa y que hacía lo que quería de su marido, según se decía en el barrio. La verdad era que

Rebufat, avaro y duro para el trabajo, respetaba á esta mujer de un vigor poco común y de una sobriedad y de una economía rarísimas. Gracias á ella prosperaba la casa. El colono gruñó el día en que al volver del trabajo encontró á Miette, pero su mujer le cerró la boca, diciéndole con voz ruda:—¡Bah! La pequeña es fuerte; nos servirá de criada; la alimentaremos y nos ahorraremos el salario.—Este cálculo agradó á Rebufat; hasta llegó á palpar los brazos de la niña y declaró con satisfacción que era muy fuerte para su edad. Miette tenía entonces nueve años; la utilizó desde el día siguiente. El trabajo de los campesinos en el Mediodía es más suave que en el Norte; raras veces trabajan las mujeres la tierra, y menos aún transportan fardos ó hacen faenas de hombre; atan los haces, cogen la aceituna y las hojas de morera; su ocupación más penosa es arrancar las malas hierbas. Miette trabajó alegremente; la vida del campo era su alegría y su salud. Mientras que vivió su tía, no tuvo más que risas; la buena mujer, á pesar de su rudeza, la amaba como si fuera su hija; evitaba que hiciera los duros trabajos que su marido quería á veces imponerle, y le gritaba:—¡Oh! ¡qué listo eres! ¿No comprendes ¡imbécil! que si la fatigas hoy mucho, no podrá hacer nada mañana?—Este argumento era decisivo. Rebufat bajaba la cabeza, y llevaba él mismo el fardo que quería cargar á la joven. Esta hubiera vivido perfectamente dichosa bajo la protección secreta de su tía Eulalia, sin la malevolencia de su primo, entonces de edad de dieciséis años, que ocupaba sus ocios en detestarla y en perseguirla sordamente. Las mejores horas de Justino eran aquellas en que hacía que la riñesen, valiéndose de mentiras. Cuando podía pisarla ó tropezarla de un modo brutal fingiendo no haberla visto, reía, y experimentaba ese ma-

ligno placer de las gentes que gozan con el mal ajeno. Miette fijaba entonces en él sus grandes ojos negros de niño, con una mirada brillante de cólera y de fiereza muda, que contenía al galopín. En el fondo, tenía un miedo atroz á su prima.

La joven iba á cumplir once años cuando su tía Eulalia murió de repente. Desde este día todo cambió en la casa; Rebufat llegó poco á poco á tratar á Miette como á una verdadera criada; la fatigó con trabajos groseros, y se sirvió de ella como de una bestia de carga. Creyendo pagar una deuda de reconocimiento, ella no se quejaba. Por la noche, rendida de fatiga, lloraba á su tía, á aquella terrible mujer, de la que reconocía después de muerta toda la oculta ternura. Por lo demás, ni aun el trabajo más duro la imponía; amaba la fuerza, estaba orgullosa de sus robustos brazos y de sus sólidas espaldas; lo que la disgustaba era la vigilancia desconfiada de su tío, sus continuas recriminaciones, su actitud de amo irritado. Ella era una extraña en la casa: ni aun siéndolo, hubiera sido peor tratada. Rebufat abusaba sin escrúpulos de la pobre niña, que conservaba consigo por una caridad bien entendida. Ella le pagaba diez veces con su trabajo la dura hospitalidad, y no pasaba día sin que le echase en cara el pan que comía. Justino, sobre todo, se excedía en herirla. Desde que murió su madre, viendo á la niña sin defensa, ponía todo su maldito ingenio en hacerle insoportable la casa; la tortura más ingeniosa que inventó fué el hablar á Miette de su padre. La pobre niña, que había vivido fuera del mundo bajo la protección de su tía, quien había prohibido que se pronunciasen delante de ella las palabras «presidio» y «presidiario», apenas comprendía la significación de estas palabras. Justino fué quien le hizo saber, con-

tándolo á su manera, el asesinato del gendarme y la condena de Chantegreil. No callaba ni aun los detalles más odiosos: los forzados llevaban cadena al pie, trabajaban quince horas por día, morían todos en la prisión; el presidio era un lugar siniestro, del cual describía minuciosamente todos los horrores. Miette le escuchaba atontada, con los ojos llenos de lágrimas; algunas veces bruscas violencias la acometían, y Justino se apresuraba á dar un salto hacia atrás, ante sus puños crispados; saboreaba, como un glotón, aquella iniciación cruel. Cuando su padre, por la menor negligencia, se irritaba contra la joven, poníase de su parte, feliz por poder insultarla sin peligro, y si ella intentaba defenderse:—¡Bah!—decía.—La sangre no puede desmentirse: tú acabarás en presidio como tu padre.—Miette sollozaba, herida en el corazón, muerta de vergüenza, sin fuerzas.

Por aquella época Miette se convertía en una mujer; de una pubertad precoz, resistió el martirio con extraordinaria energía; rara vez decaía su espíritu, á no ser en aquellas horas en que sus fierezas nativas se debilitaban ante los ultrajes de su primo. Bien pronto soportó con los ojos secos las incesantes injurias de aquel sér cobarde, que la observaba al hablar temiendo que ella le cruzase la cara: Miette sabía hacerle callar, mirándole fijamente. En muchas ocasiones sintió ganas de escapar del Jas-Meiffren; pero no lo hizo por valor, por no confesarse vencida ante las persecuciones de que era objeto. En suma: ganaba su pan, y no robaba la hospitalidad de los Rebufat: esta certeza bastaba á su orgullo. Quedóse, pues, para luchar, viviendo con el continuo pensamiento de resistir. Su línea de conducta fué hacer el trabajo en silencio y vengarse de las malas palabras con un mudo desprecio. Sabía que su tío se apro-

vechaba demasiado de ella, para escuchar las insinuaciones de Justino, que quería que la echase á la calle; así que era una especie de desafío el no marcharse por su voluntad.

Sus largas horas de voluntario silencio estaban llenas de ensueños extraños. Pasando los días encerrada, separada del mundo, crecía rebelándose, y forjó opiniones que habrían asustado á las buenas gentes del barrio. La suerte de su padre la preocupaba sobre todo; tenía presentes todas las malas palabras de Justino, y acabó por aceptar la acusación del asesinato, y por decirse que su padre había hecho bien en matar al gendarme que quería matarle. Conocía la verdadera historia por un jornalero que había trabajado en el Jas-Meiffren. A partir de aquel momento, ni siquiera volvió la cabeza las pocas veces que salía, cuando los pilluelos del barrio la seguían gritando:—¡Eh! ¡La Chantegreill!—tan sólo apresuraba el paso, con los labios apretados y los ojos ardientes de cólera. Cuando cerraba la verja al volver, lanzaba una única é insistente mirada sobre la banda de galopines. Se habría hecho mala y hubiera caído en el cruel salvajismo de los parias si no hubiese recordado algunas veces su infancia. Sus once años, la sumían en debilidades de niña, que la aliviaban. Entonces lloraba y sentía vergüenza de sí misma y de su padre; y corría á ocultarse en el fondo de un establo para llorar á sus anchas, comprendiendo que, si veían sus lágrimas, la martirizarían más; y cuando había llorado bastante, iba á la cocina á lavar sus ojos y recobraba su mudo aspecto. No era sólo su interés el que la hacía ocultarse; sentía orgullo por sus energías precoces, hasta el punto de no querer aparecer niña. A la larga todo debía agriarse en ella; pero dichosamente fué salvada, volviendo á encontrar las ternuras de su naturaleza amante.

El pozo del patio de la casa que habitaban tía Dida y Silverio era medianero; el muro del Jas-Meiffren lo dividía. Antiguamente, antes que el recinto de los Fouque fuese unido á la propiedad vecina, los hortelanos servíanse ordinariamente de este pozo; pero después de la compra del terreno, como estaba lejos de las tierras labradas, los habitantes del Jas, que tenían á su disposición grandes depósitos, no sacaban ni un cubo de agua al mes. Al otro lado, por el contrario, todas las mañanas se oía el ruido de la polea: era que Silverio sacaba el agua necesaria para la casa.

Un día rompióse la polea; el joven hizo por sí mismo una hermosa y fuerte garrucha de encina, que colocó por la noche después de su trabajo; le fué preciso subirse sobre el muro, y cuando hubo acabado su tarea, quedóse á horcajadas sobre la tapia, descansando y mirando curiosamente la amplia extensión del Jas-Meiffren. Una campesina que arrancaba cerca de él las malas hierbas, acabó por llamar su atención. Era el mes de Julio y el aire abrasaba, á pesar de estar ya ocultándose el sol. La campesina se había quitado el corpiño; en corsé, con el pañuelo de color echado sobre los hombros, las mangas de la camisa subidas hasta el codo, inclinábase envuelta en los pliegues de la saya de algodón azul que sostenían dos tirantes cruzados en la espalda. Andaba de rodillas arrancando activamente la broza, que iba echando en una espuerta; el joven no veía de ella más que los desnudos brazos, tostados por el sol, alargándose á derecha é izquierda para coger alguna hierbecilla olvidada. Seguía con complacencia este juego rápido de los brazos de la campesina, experimentando singular placer en verlos tan firmes y tan ágiles. Habíase vuelto ella ligeramente, no oyéndolo trabajar, y había bajado de nuevo la cabeza antes de que él pudiese distinguir su fiso-

nomía. Este movimiento lo detuvo. Como muchacho curioso, preguntábase quién sería aquella mujer, silbando maquinalmente y llevando el compás con el escoplo que tenía en la mano, cuando éste se le escapó. Cayó al lado del Jas-Meiffren, sobre el brocal del pozo, y fué á rebotar á algunos pasos del muro. Silverio lo miró, inclinándose, dudando si bajar; pero parece que la campesina examinaba al joven de reojo, porque se levantó sin decir una palabra, y cogiendo el escoplo se lo alargó á Silverio. Entonces vió éste que la trabajadora era una niña. Quedó sorprendido y un poco intimidado. Bañada por la roja luz del crepúsculo, alzabase la joven hacia él. El muro en aquel sitio era bajo, pero la altura era aún demasiado grande.

FIN DEL TOMO PRIMERO







